

Pentecostés 2020

Estimados cohermanos y amigos todos,

recordamos la tarde cuando los discípulos se habían refugiado en aquella habitación. Tenían miedo de las autoridades. Cierran las puertas. Temen por sus propias vidas. De repente, Jesús, sin advertirles, se presenta en medio de ellos. A partir de aquel momento, todo empieza a cambiar. El saludo de la paz, el envío y el soplo divino dan inicio a una nueva creación, la del proyecto del amor divino por la humanidad entera.

Este gesto es determinante y es acompañado por una palabra: Jesús «**sopló** sobre ellos y les dijo: **Reciban el Espíritu Santo**» (Jn 20,22). De esta manera nace la Iglesia, fruto de un soplo divino, de un don de Dios. Aquel grupo de hombres y mujeres atemorizados se transforma completamente, bajan a las plazas y a las calles para anunciar lo que han visto y vivido: ¡Jesucristo está vivo! Es el Espíritu Santo el que los hace discípulo-misioneros del Evangelio.

Pensando en nuestra Familia Xaveriana, teniendo presente el contexto en el que nos encontramos desde hace ya tres meses a causa del Covid-19 y las consecuencias que se derivan de ello, creo que es una grande gracia la celebración de esta fiesta de Pentecostés. Hoy, necesitamos sentir a Jesús que sopla sobre cada uno de nosotros y nos da gratuitamente este gran don: el Espíritu de Dios, la fuerza divina. También nosotros hemos vivido y, dependiendo del país donde nos encontramos, seguimos viviendo en grado diferente este encerramiento, este quedarse en casa con las puertas cerradas.

Dos son los frutos del Espíritu de los que siento que tenemos particularmente necesidad en este momento. El primero es **la CONFIANZA**. Confianza en Dios y en nosotros mismos. Muchas son las preguntas que nos hacemos sobre el después del Covid-19, es decir, sobre el mañana. Ahora bien, el Espíritu nos dice que el futuro le pertenece a Dios. No somos nosotros, con nuestros esfuerzos y nuestra voluntad, a determinarlo. Estamos en las manos de Dios. Hoy, Jesús repite con nosotros el mismo gesto que hizo con los primeros discípulos. El futuro pertenece a Dios y sólo el Espíritu puede ayudarnos a creer en esta verdad. Es lo que Jesús nos pide: darle confianza, creer en su Palabra. «*En cambio «Ustedes busquen primero el reino de Dios y hagan su voluntad: todo lo demás Dios se lo dará por añadidura» (Mt 6,33).*

El segundo fruto es **la CREATIVIDAD**. Ya desde hace tiempo vemos, más bien vivimos, lo que se llama un cambio de época. El futuro no será como el pasado. También para nosotros y para nuestra Familia misionera. Está ocurriendo un cambio muy importante. En este contexto, podemos sentirnos desorientados, incluso un poco perdidos, sin saber qué será de nosotros mañana; qué será de nuestras presencias misioneras, de nuestras estructuras, hasta de nuestro Instituto. Pero la promesa del Señor permanece para siempre. *«Ahora yo les digo: ya no piensen en los hechos antiguos, ya no hagan caso al pasado. Dentro de poco haré algo nuevo, más aún, ya he empezado, ¿no lo reconocen? Construyo un camino en el desierto, hago correr ríos en la estepa»* (Is 43,18-19).

Estimados cohermanos y amigos todos, en este momento más que nunca, se requiere confianza incondicional en la promesa del Señor, y nuestra colaboración activa en la búsqueda de la novedad que nos está por delante. Como misioneros, no somos sedentarios sino nómadas que caminan con un equipaje ligero. Ya desde el inicio *del audaz proyecto*, como hijos de Conforti a menudo nos hemos distinguido por la creatividad en los lugares a donde el Señor nos ha enviado. Ahora bien, de esta creatividad, como fruto del Espíritu Santo, tenemos necesidad hoy. Dejemos fuera de nuestras paredes las quejas, el pesimismo, las habladurías, las críticas malsanas... Y dejémonos conducir por el don divino de la creatividad y la audacia, y por la búsqueda de los signos del reino de Dios esparcidos por dondequiera que nos encontramos.

Para concluir, quisiera subrayar brevemente algunos elementos que caracterizan a una comunidad de la que se pueda decir que los miembros que la componen son conducidos por el Espíritu de Dios. Aquí están a continuación:

- El primero es hablar más de Dios y menos de nosotros. Somos consagrados a Dios y no a nosotros mismos. El Espíritu nos ayuda a mirar siempre hacia lo alto y no hacia abajo, a pensar ante todo en Dios y no en nosotros.
- El segundo es escuchar antes de hablar. Dios se revela principalmente a través de la mediación de los cohermanos con los cuales formamos la misma Familia. Escuchar al cohermano quiere decir amarlo. Y, luego, hablar cuando es necesario y hacerlo con mucho respeto. Hablando al otro es a Dios a quien hablamos.

- El tercero es compartir más entre nosotros lo que vivimos y pensamos, nuestros sentimientos, nuestras búsquedas... La compartición da calidad a nuestra vida comunitaria y nos ayuda a caminar juntos como hermanos entre hermanos.
- El cuarto es poner atención al «*suave susurro*» (1Reyes 19,12-13) de la presencia del Señor en medio de nosotros. Por esto se requiere cultivar una grande sensibilidad humana y evangélica. Dios se manifiesta en muchas maneras, a menudo en las situaciones donde no habríamos pensado nunca que pudiera manifestarse. Una comunidad conducida por el Espíritu sabe acoger los signos de esta presencia divina y los hace objeto de discernimiento comunitario.

Deseo a cada uno de ustedes una buena fiesta de Pentecostés. Y que con ella reciban la plenitud de los dones del Espíritu. Saluden a sus familias y a todos los amigos que Dios nos da para recorrer juntos el camino de la vida.

¡Buena fiesta de Pentecostés!